

Publican la versión sin censurar de la obra más famosa de Oscar Wilde, mutilada luego para ocultar referencias homosexuales

Dorian Gray sale del armario

GONZALO NUÑEZ - MADRID

Hubo un tiempo en que los chicos malos de las islas británicas iban a morir al continente: Keats y Shelley en la salvaje Italia; Byron en Grecia, la exótica; el bello Brummell en la costa francesa y Oscar Wilde en París, la capital de los depravados. Nadie más depravado que Wilde, el rey de los mundanos, el azote de los bienpensantes. Un petulante con flor en el ojal que desafió a la acartonada moral victoriana, tan hipócrita, y lo pagó yendo a morir al lugar al que escapaban los réprobos en «La importancia de llamarse Ernesto». Wilde llegó tan lejos en su vocación de agente provocador que ni siquiera pudo parar el carro que lo arrastraba hacia la cárcel. Estaba escrito que así pasara, aunque intentase minimizar los daños mediante el único instrumento que rivaliza con la pluma en la vida del escritor de genio: la tijera.

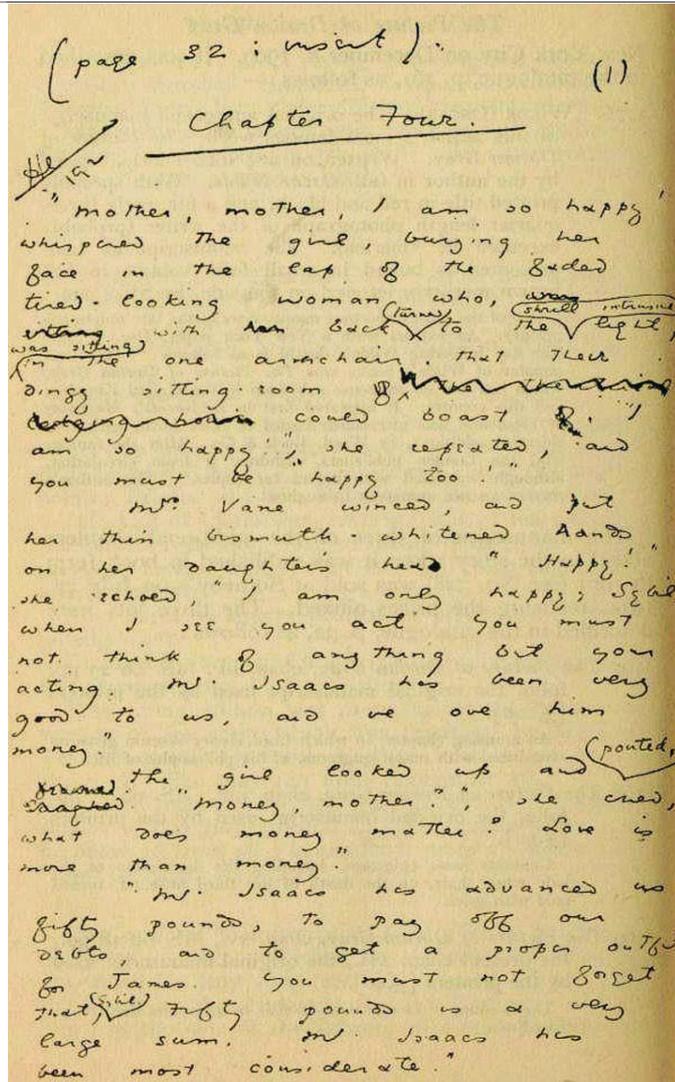
Para el lector común, «El retrato de Dorian Gray» es una pieza perfecta. Lleva más de un siglo enraizada en el corazón de los adolescentes especialmente, y en la cumbre de los «long sellers» de las librerías. Pero hubo otro «Dorian Gray» en la mesa de trabajo de Wilde, uno que no vio la luz en inglés hasta 2011 y que ahora nos llega en español: la versión original salida de la pluma del irlandés, dos veces censurada y reescrita hasta dar con la novela que todos conocemos. Ese original sin censurar expone más abiertamente el secreto que marcó la vida de Wilde: la homosexualidad, «el amor que no osa decir su nombre».

El escritor, traductor y académico de Historia Luis Alberto de Cuenca supo en 2011 de aquella edición de Harvard University Press que, inexplicablemente

por el tiempo transcurrido, sacaba a la luz el primer borrador del libro escrito en 1889. Paralelamente, una traductora apasionada como la sevillana Victoria León (que nunca le había metido mano a Wilde, pero sí, entre otros, a «popes» del XIX como Chesterton y Conan Doyle) emprendió la traducción desde aquella edición inglesa («no pude tener acceso al mecanoscrito», confiesa a LA RAZÓN). De Cuenca y León se pusieron en contacto con Jesús Egido, de la editorial Reino de Cordella, para publicar en español un «Dorian Gray» sin censuras que, aunque se aleja de la imagen definitiva que ya tenemos del libro, nos acerca a las intenciones, ideas, referencias y circunstancias personales del autor.

Fumaderos y prostitución

Básicamente, explica León, esta edición rescata «sobre todo elementos que apuntaban a la naturaleza homosexual del interés del pintor Basil Hallward hacia Dorian Gray. Era lo que más asustó en su día a los editores y lo que el propio Wilde eliminó fueron alusiones escandalosas y peligrosas de naturaleza sexual». También en cuanto a prácticas heterosexuales que se salieran de la norma. Por contra, no tuvo reparos (ni problemas derivados de ello) en mantener alusiones a los fumaderos de opio y a la prostitución «corriente» en Londres. Eso sí, el «amor que no osa decir su nombre», el pecado nefando, debía ser borrado incluso en alusiones que hoy nos parecen ingenuas como éstas de Basil a Gray: «Por alguna razón, yo nunca había amado a una mujer (...) desde el momento en que te conocí, tu personalidad tuvo sobre mí el más extraordinario influjo. Reconozco que te adoré loca, extravagante, absurdamente



«Madre, qué feliz soy» o cómo Sybil Vane ganó a Basil Hallward

El personaje de Sybil Vane (y su familia, madre y hermano especialmente) cobraron mayor protagonismo en la reescritura de «El retrato de Dorian Gray». En la imagen superior, correspondiente al capítulo cuarto del manuscrito, encontramos el diálogo de Sybil Vane con su madre en el que le anuncia que Dorian Gray le ha pedido matrimonio. «¡Madre! ¡Estoy tan feliz!», comienza. Este episodio, con un inicio diferente («¡Qué feliz soy, madre! —susurró la muchacha...») se sitúa en el capítulo cinco de la novela tal y como se publicó en 1891 y hasta el día de hoy. Wilde dio preponderancia al romance del protagonista con la modesta actriz para ajustarse más a las convenciones del melodrama burgués al tiempo en que restaba importancia y enmascaraba los motivos de la inclinación del pintor Basil Hallward por Dorian Gray, abiertamente homosexuales en el primer borrador y, luego, en la versión canónica, simple fascinación artística.

te. Sentía celos de todo aquel con quien hablaba. Quería tenerme solo para mí. Solo era feliz cuando estaba contigo».

Para Luis Alberto de Cuenca, estas «alusiones a un mundo más abiertamente homosexual que a Wilde le convenía ocular y que eran suyos y ocultos en la Inglaterra victoriana, nos hacen sonreír hoy». Pero en aquella época la hostilidad con este tipo de «perversiones» se había redoblado a cuenta de la aprobación en 1885 de la Criminal Law Amendment Act y de sonados casos de actualidad: «Lo más determinante desde el punto de vista de la presión social y legal para mover a Wilde a autocensurarse fue el estallido de un escándalo relacionado con la prostitución masculina (el conocido como "affair de la calle Cleveland") que hizo cundir la alarma social contra la figura del homosexual culto de clase alta, al que se acusaba de corromper a jóvenes humildes», explica la traductora. No estaba el horno para bollos y, aunque Wilde era un respetable esposo de puertas para adentro en su

elegante casa de Chelsea, ya había tenido amores con Robert Ross y estaba a punto de conocer al fatídico Lord Alfred Douglas.

En cualquier caso, el paso para maquillar el primer «Dorian Gray» lo dio J. M. Stoddart, editor de la revista literaria «Lippincot's Monthly Magazine», que recibió en julio de 1890 la copia original. Mucho más corto que el libro que hoy conocemos, pero más denso intelectualmente hablando y más explícito en sus referencias eróticas, podía poner en aprietos no ya al autor sino a la publicación. Así que Stoddart sajó palabras, frases y párrafos enteros hasta un total de 500 palabras. Su poda, añade León, atenúa además «la atmósfera decadente de la obra». Y es que «Dorian Gray» era (y en realidad lo es aún) todo un manifiesto decadentista, compendio de las ideas de Ruskin y Pater, servidas en el plato deletéreo del «A contrapelo» de Huysmans y enraizado en la eterna batalla entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad que, apunta De Cuenca, Wilde había

EL INTERÉS DEL PINTOR BASIL HALLWARD POR DORIAN GRAY EN LA NOVELA PASÓ DE SER AFECTIVO A MERAMENTE ARTÍSTICO

EL ENDURECIMIENTO DE LA LEY Y UN SONADO CASO DE PROSTITUCIÓN MASCULINA EN LONDRES HICIERON A WILDE SUAVIZAR LA OBRA

aprendido de Stevenson en «El doctor Jeckyll y Mr. Hyde»: «Es esa manera de pulsar la naturaleza doble del ser humano lo que lo hace universal y lo convierte en un clásico que no tiene arrugas y que se leerá dentro de tres siglos igual que ahora».

Pero volvemos a la «tíjera», pues aún hubo más. Las primeras críticas son demolidoras: la obra se considera «vulgar, sucia y dañina», y se advierte de que podría corromper «a cada mente

joven que se pusiera en contacto con ella». Así que de cara a la edición que se publicó en abril de 1891, tanto Wilde como el editor pondrían a funcionar la podadora. Se borran nuevas referencias homosexuales, hasta hacer de la pasión de Basil por Dorian una cuestión meramente artística, y se infla la importancia del amor heterosexual de Sybil Vane en el relato.

Más melodramático

Hasta siete nuevos capítulos añade Wilde, páginas y páginas que diluyen su contenido heterodoxo y, explica León, «le dan un carácter más convencional y acorde al público, menos intelectual y más en la línea de melodrama burgués». El objetivo se logra: «El retrato de Dorian Gray» ve la luz y, a pesar de las críticas, no depara problemas legales inmediatos a su autor, que siguió publicando con éxito y cosechando aplausos en el teatro.

Pero solo es un espejismo. Cuatro años después, Wilde se sienta en el banquillo. Denuncia al padre de su amante Lord Al-

fred Douglas por difamación (el anciano victoriano dejó una nota en su club en la que le acusaba de «sodomía») y el boomerang le vuelve envenenado. «No quiso evitar ese conflicto, lo tomó como un asunto de honor, y se condenó a sí mismo, fue un proceso auto-destructivo, podría haber salido de ese trance pero profirió denunciar a su denunciante», recuerda De Cuenca. En aquel proceso sale a colación «El retrato de Dorian Gray». A pesar de los tjeretazos, la obra está manchada, es intrínsecamente corrupta para la moral victoriana. «No hay ningún tipo de obra in-moral. Los libros están bien o mal escritos», alega Wilde. Pero nada. El mazo cae en 1895: dos años de trabajos forzados por «conducta obscena». El resto ya lo saben: murió en París.



«EL RETRATO DE DORIAN GRAY»
Oscar Wilde,
Reino de Cordelia.
256 páginas,
18,95 euros

Muévete con Repsol AutoGas

Comienza a disfrutar de todas las ventajas del carburante alternativo más utilizado del mundo

Y además, si transformas tu vehículo o compras uno nuevo de AutoGas/GLP llévate hasta 400€ en carburante*



Más información en autogas.repsol.es

*Promoción válida para coches transformados de gasolina a AutoGas del 01/01/2018 al 31/03/2018 exclusiva para clientes registrados en el Programa Repsol Más. Promoción válida por compra de vehículo AutoGas del 01/01/2018 al 30/06/2018. Los cheques tendrán una vigencia de dos años, del 01/01/2018 al 01/01/2020 y tendrán un valor de 400€. Solo podrán ser canjeados por Repsol AutoGas y tendrán un límite de 10€ por repostaje. Para poder canjear el cheque, el cliente deberá de pasar su tarjeta Repsol Más en el momento del canje y escanear el código de barras asociado al vale recibido. Los turismos y comerciales según Euro 4, 5 y 6 propulsados por AutoGas están clasificados como ECO en base al impacto ambiental de vehículos de la DGT. Los vehículos transformados a AutoGas podrán captar a la etiqueta ECO si cumplen al menos los criterios de la etiqueta ambiental "C" establecida por la DGT: reducción de emisiones de partículas en un 80%, NO_x en un 80% y CO₂ en un 10% respecto a vehículos diésel en sistemas de post-tratamiento específicos. Añoro máximo del 40% respecto a la gasolina para un consumo medio de 6,2 L/100 km en un vehículo de categoría C, con potencia entre los 110-120 CV y cambio manual. Autonomía para un vehículo de 110-115 CV con un depósito de gasolina de 50 L, más otro de AutoGas de 42 L. Consulta los puntos de suministro en autogas.repsol.es



EN SOLFA

MALAS COSTUMBRES MUSICALES

GONZALO ALONSO

Dicen que el hábito no hace al monje, pero en nuestros días todavía es costumbre que los profesores de una orquesta vistan de frac a pesar de que el calor sea sofocante, mientras que las profesoras/as lo hagan con ropas ligeras y frescas por muy negras que sean. Para colmo el director de orquesta puede subirse al podio con una simple camisa. La situación es

inexplicable y, de hecho, puede alejar a nuevos públicos que vean la música clásica como algo trasnochado. Algunas formaciones han encargado uniformes a modistos de prestigio, pero el ejemplo no ha cundido. Estamos cansados de los móviles, las toses o las envolturas de caramelos convirtiéndose en un instrumento más de la orquesta en los momentos más inadecuados. A veces alguien del público protesta y su voz empeora las cosas. No valen los avisos en los programas, ni las advertencias iniciales por megafonía con grabaciones de lo más originales. Incluso tampoco que algún director (**Barenboim**) se lleve

como extra a un actor para avisar sobre cómo ha de ser el comportamiento. Tampoco es que los responsables de los centros musicales sean un modelo. Hubo quien echaba del escenario a empujones a maestros como **Rostropovich** si se pasaban de la hora con las propinas y quien llegó a cansar tanto a un gran pianista que arrojó la banqueta al patio de butacas y juró no volver a aquel auditorio. También quien no acaba de entender que su butaca no puede estar en un lugar que obligue a levantarse a toda la fila si ha de salir a resolver cualquier incidente. Que se lo pregunten a quien cesaron por unos graves

incidentes en la gala de homenaje a un célebre tenor. Los promotores de conciertos dedican mucho esfuerzo a la promoción o al diseño de los programas de mano, aunque estos cada vez sean más paupérrimos, pero a veces se olvidan de leerlos. Sucede entonces que no se anuncian convenientemente los descansos, desconcertando al solista, que no sabe por qué el público se queda sentado esperando que siga tocando. O se traduce «Der Knaben Wunderhorn» como «El chico del maíz». Son anécdotas bien recientes en Madrid. También los críticos tenemos nuestros comportamientos inapropiados. Desde

creernos que podemos pasarnos las colas para recoger entradas a pensar que ya hemos escuchado suficientes «Cuatro estaciones» y saltarnos la segunda parte de un concierto que luego cambia la obra en cuestión y se publica la crónica de algo que nunca existió. Para nota aquella vez que en la misma página se publicaba la crítica de una ópera y, al lado, el anuncio de su cancelación. Los medios de comunicación tampoco se salvan. Muy bien lo expresó **Joan Matabosch** en una reciente entrevista: es falta de respeto a su autor juzgar un estreno como si se tratase de un partido de fútbol, a la media hora de su audición.